

## HOMILIA DE LA CLAUSURA DEL SINODO DIOCESANO. FESTIVIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCION DE SANTA MARIA VIRGEN

(8 DE DICIEMBRE DE 1992)

Gen. 3, 9-15.20

Ef. 1, 3-6. 11-12

Lc. 1, 26-28

Queridos hermanos y hermanas sinodales. Queridos amigos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, cristianos todos por la gracia de Dios:

¡Paz y bien a todos ustedes! ¡La paz y el favor de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo estén siempre con todos nosotros!

Hace ya cinco años comenzábamos, tal vez sin saber muy bien lo que íbamos a hacer, la preparación de nuestro Sínodo Diocesano. El pasado 1 de mayo, aquí mismo, en nuestra Catedral, corazón litúrgico de nuestra Diócesis, iniciábamos la fase final, la propiamente sinodal, de nuestro Sínodo Diocesano.

Aquel día, en aquella Eucaristía, a los pies del Señor-Jesús, alabando y dando gracias al Padre, pidiéndole la luz del Espíritu, rogando a María que nos acompañara uniendo su voz intercesora a nuestra plegaria suplicante, nos pusimos a caminar, con "ilusión" y con temor, con alegría y no sin dudas, con esperanza y también con algunas desconfianzas. Es cierto que nos sabíamos unidos por una sola esperanza, por un mismo Señor, por una fe, por un bautismo, por un Dios y Padre de todos. Pero acaso a nivel afectivo o emocional, iniciábamos la marcha sin vislumbrar con claridad el término. Lo hacíamos realmente fiándonos del Señor, del Padre, del Espíritu Santo; en una

palabra, sabiendo por nuestra fe que aquel de quien nos fiábamos, no nos iba a defraudar ni nos iba a abandonar. Lo hacíamos convencidos de que María iba a caminar con nosotros, como estrella de la mañana, como Madre cariñosa y comprensiva de la Iglesia, como espejo de justicia, trono de la sabiduría, como reina de la paz. Lo hacíamos sabedores todos que la aventura que íbamos a vivir, no era nuestra aventura sino la aventura de Dios, la aventura de su Iglesia, de esta su Iglesia Diocesana que peregrina aquí, en Canarias; una aventura del Señor que sólo con él, en él, y por él, podría tener sentido.

Hoy, en esta Eucaristía, en la festividad de la Inmaculada Concepción de María, al final de nuestra aventura sinodal, desde el fondo de nuestro ser cristiano, brota una sola palabra emocionada: ¡Gracias! ¡Gracias, Señor, porque nos has ayudado! ¡Gracias, Señor, porque nos has conducido por el camino del deseo de una total fidelidad a ti, a tu evangelio, a tu Iglesia! ¡Gracias, Señor, porque nos has permitido superar nuestras mil limitaciones, nuestras mil debilidades, nuestras tentaciones y pecados, y nos has llevado de la mano por los caminos del amor y del diálogo, de la comprensión y de la humildad, del olvido de nosotros mismos y de la preocupación por todos; por los caminos de la superación de toda acepción de personas y por los caminos del amor a los pobres y marginados; por los caminos de la oración y de la escucha de tu Palabra; por los caminos del amor confiado al Padre y de la sumisión a las mociones del Espíritu, del cariño filial a María, y de un intenso amor a tu Iglesia; por los caminos de la búsqueda de la Verdad y de la Justicia, y por los de la fidelidad a tu voluntad y de la solidaridad con todos los hombres, nuestros hermanos! ¡Gracias, Señor, por estos meses de acompañamiento, de luz, de aprendizaje humilde a ser un poco mejor cristianos, a amar un poco más la comunión eclesial y el servicio humilde a los demás, a rezar con más intensidad y a contemplar con más amor el mundo, con sus gozos y esperanzas, con sus angustias y tristezas! ¡Gracias, Señor, por este Sínodo y porque, reunidos en tu nombre, has estado siempre con nosotros y nunca nos has dejado abandonados a nuestra suerte!

El 1 de mayo celebrábamos la Eucaristía que abría nuestro Sínodo. Por encima del tiempo, aquella Eucaristía se funde hoy con la que ahora celebramos y que clausura nuestro Sínodo Diocesano. Celebramos, además, esta Eucaristía enmarcada en la festividad de la gloriosa Inmaculada Concepción de María. Si a María le pedimos la intercesión por el Sínodo, cuando comenzamos su andadura, con María entregamos hoy al Señor el fruto de nuestro Sínodo. Y con ese fruto del trabajo sinodal, nos ponemos a los pies del Señor, nosotros mismos, nuestras personas, intentando acercarnos a la disponibilidad maravillosa

que nos dejó como ejemplo perfecto de obediencia a Dios la Virgen María. Nos ponemos nosotros mismos a los pies del Señor y, con nosotros, todo lo que ha sido nuestro trabajo en el Sínodo, nuestros esfuerzos y dificultades, nuestras alegrías y sinsabores, las tensiones inevitables y los consuelos recibidos, las ilusiones cumplidas y también las que han quedado rotas en el camino, nuestras pequeñas pasiones, muertes y resurrecciones que, reflejando la gran pasión, la muerte y la maravillosa resurrección del Señor, han jalonado nuestra vida en estos meses sinodales.

Clausuramos el Sínodo en el nombre del Señor. Comenzamos a realizar el Sínodo en nombre del Señor. Porque ser cristiano, y todas las realidades que comporta el ser cristiano, naturales y sobrenaturales, son un “sí” a la vida y un “no” a la muerte. El Señor vive, vive el Padre, vive el Espíritu Santo, vive la Iglesia y vivimos los cristianos. El Señor resucitado nos acompaña bajo la mirada amorosa del Padre y con el Espíritu Santo que se nos ha dado, integrando, en cada instante, nuestro existir, en la muerte y resurrección del Señor. Por eso, esta clausura del Sínodo, a la luz de Jesús, es principio y apertura, un intento de plenitud de fidelidad al Señor y a su Evangelio; es principio de un renovado esfuerzo hacia una vida eclesial en plenitud de fidelidad al Evangelio, apertura de una Iglesia, que puesta de rodillas, adorando a Dios, contemplando a Dios, se inserta en medio del mundo, en medio de los hombres, abierto su corazón a todos, con las rodillas manchadas por el barro en medio del cual vive el hombre por el que el Señor ha muerto en la cruz y ha resucitado de entre los muertos; con las rodillas manchadas por el polvo que ensucia la conciencia del hombre que peca y por el polvo que ensucia el rostro de los pobres y de los marginados, explotados por la injusticia y por la insolidaridad; con las rodillas manchadas con tantas desesperanzas, sufrimiento y dolores que rompen el corazón de los que sufren, pero con el rostro resplandeciente de la luz que recibe de Cristo-Jesús, su cabeza. Por eso esta clausura del Sínodo debe ser una llamada a la conversión, a un nacer de nuevo, a una vida nueva con la que Dios nos ayuda a estar siempre con los hombres y en la que el hombre sea nuestro camino hacia Dios; una vida nueva en la que los últimos sean los primeros y los primeros los últimos; de forma tal, que rompiendo la lógica del mundo, nos hagamos esclavos, por amor, de los pobres e indigentes, de los que tienen el corazón destrozado, de los que sufren y desesperan, hasta encontrarnos tan profundamente con el Señor en el corazón de todos los que viven y trabajan, esperan y desesperan, sufren y juegan, estudian, aman y odian, enferman y sanan, nacen y mueren en Canarias, que nuestra Iglesia Diocesana ofrezca la Buena Nueva de Jesús, riendo con los que ríen y llorando con los que lloran. Por eso, queridos amigos, esta clausura es y debe ser inicio, principio,

amanecer de vida, de vida evangélica y evangelizadora, de vida cristiana en plenitud, de vida escondida en el misterio de Cristo, para que sea luz, fermento, levadura, de una Iglesia más fiel al Señor y de una sociedad más acorde con la voluntad de Dios, esa voluntad salvífica universal de Dios que entraña un deseo infinito de salvación para todos y cada uno de los seres humanos, de Canarias y del mundo entero, una salvación para la eternidad y una salvación también para este mundo. Para eso se hizo Dios hombre y acampó entre nosotros; por eso fue y sigue siendo Camino, Verdad y Vida.

Y este nuestro nacer a una vida nueva, como nuevo esfuerzo de encarnación que sea reflejo de la Encarnación del Señor, lo hemos de hacer a la sombra luminosa de María, la virgen madre de Dios concebida sin pecado original.

Porque así como la mujer contribuyó a la muerte, también la mujer contribuyó a la vida, y de un modo maravilloso, en la madre de Jesús.

Los textos que hemos escuchado representan una invitación a que contemplemos la aplicación del Sínodo a la luz del misterio de la Redención, junto a María, la concebida sin pecado, la llena de gracia, la que, obedeciendo, se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano (San Ireneo, LG, 56).

No estamos hablando, queridos amigos, de una historia mítica, de un ayer remoto transmitido desfigurado a lo largo de los siglos, una historia inventada por el hombre como fruto de su frustración que necesita sublimar. La Escritura nos está hablando de un drama humano siempre actual y de una salvación de Dios que sabemos por experiencia que es tan real como el mar y como nuestras cumbres, como nuestros campos y nuestro cielo lleno de sol.

El Génesis nos ha dicho cómo el Dios verdadero, más que castigar a los hombres, castiga al mismo mal simbolizado por la serpiente. A los hombres nos abre los ojos para que reconozcamos nuestra verdadera condición, sin disfraces ni sueños ambiciosos, y aceptemos nuestra condición limitada, capaz de padecer, mortal. El dolor y la muerte serán el castigo para aquellos de nosotros que pretendamos ser inmortales, como dioses. Y Dios interviene no tanto para condenar cuanto para anunciarnos que el pecado del hombre y la muerte, junto con sus consecuencias, serán un día definitivamente vencidas. Y una mujer le herirá en la cabeza...

Cuando el hombre prueba los atractivos del poder, las ventajas del tener y las dulzuras del placer (estos será siempre la manzana: objeto de consumo

y resorte de infinitos sueños de poder) escoge el camino del progreso ilimitado y salvaje, y al final se declara norma y medida de todas las cosas, soñando así alcanzar la propia y total autonomía. Desde ahí querrá realizarse con la plena satisfacción de sus instintos y deseos, superando viejas represiones. Y querrá vivir su vida, sin trabas ni tabúes, pensando haber alcanzado la plena libertad. Es entonces cuando se construye su propio paraíso con toda clase de cosas, máquinas, aparatos, artículos de consumo... Y es entonces cuando se siente solo y desnudo, perdido y aterrorizado. Es entonces cuando huye de Dios y se esconde, se esconde de Dios, de los demás, de sí mismo...

El hombre experimenta un inmenso desencanto existencial, porque la gran promesa de un progreso ilimitado se trunca, porque sus más hondas necesidades no se ven satisfechas, porque sus problemas se multiplican sin resolverse, porque la convivencia se hace violenta y aparecen soledades e individualismos insolidarios insospechados.

El hombre se siente perdido en el centro del paraíso artificial que ha creado. Se siente desnudo, vacío y frustrado, sin dignidad, sin amistad, incapaz de amar y de sentirse amado, sin ilusión, sin conciencia, sin deseos de vivir. Y tiene miedo. Desconfía de todos y se cubre con trajes defensivos, con la coraza del propio aislamiento y del propio egoísmo, intenta evadirse a través del sexo banalizado, de la droga, del alcohol, del poder, del dinero, del éxito... pero no logra nunca escaparse de sí mismo.

Y el hombre se interroga sobre su condición y busca responsabilidades; unos a otros se culpan de la crisis y de los problemas, del sufrimiento y de la soledad. La culpa la tendrá el exceso de producción, o el exceso de mano de obra, o la máquina, o la automatización del trabajo, o la falta de programación, o las multinaciones, o la industria armamentista, o la pereza de los trabajadores, o las huelgas, o el liberalismo económico, o la corrupción de los políticos, o la falta de respeto a la naturaleza, o la socialización o el colectivismo económico y político, o los impuestos, o la mujer y sus reivindicaciones, o los jóvenes y su pasotismo, o la publicidad... No acaba de descubrir que todo ello puede ser causante de dolor, pero que la culpa la tiene, la tenemos, todos nosotros, el ser humano; que la raíz de los problemas no está en las cosas ni en las ideas, sino en el hombre mismo. “¿Es que has comido del árbol que te prohibí comer?. El Señor Dios nos interroga lleno de amor. Pero el hombre no se interroga ni escucha. Es el hombre el que ambiciona ser como Dios, y, así se autodestruye. La crisis no es esta u aquella causa, no está aquí o allá, sino en el corazón. Es el corazón del hombre el que no está limpio, el que está enfermo, y el que es capaz de romper, de destruir o de manchar todo.

San Pablo nos habla, lleno del Espíritu, de promesas y bendiciones. Porque la palabra del Génesis, no sólo es una palabra sino también una promesa, y en Cristo todo se ha cumplido. Y las bendiciones son más que palabras. Son bendiciones vivas, encarnadas, personales. Todas las bendiciones de Dios, además, se encuentran en una: la persona de Cristo, nuestro Cristo-Jesús, nuestro Señor, Hermano y Maestro. Cristo es una bendición, es la bendición, la alabanza y la gloria de Dios. Y esta bendición se hará hombre verdadero, sin dejar de ser Dios verdadero, en aquella que sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de El la salvación (LG, 55), aquella mujer que aparece ya perfectamente bosquejada en la promesa de victoria sobre la serpiente, la promesa que Dios hace a los primeros padres caídos en el pecado (LG, 55).

Y Dios nos bendice, no para que seamos ricos o poderosos o para que vivamos hartos y llenos de placer, sino para que seamos cristianos, para hacernos hijos en el Hijo, para amarnos como a hijos, para que seamos imagen viva de su gloria, y no para que cantemos alegres un rato, sino para que seamos constantemente alabanza de su gloria en toda nuestra vida.

Dios no maldice. Lo que Dios expresa son las propias maldiciones y castigos que el hombre se inflige a sí mismo. Dios nunca ha aprendido a maldecir. Todas sus palabras son buenas y están “bien dichas”. Dios ni quiere ni sabe castigar. Dios no tiene culpa de que el hombre sufra: el 90% de sus sufrimientos los origina el propio hombre, y el resto son consecuencia de la propia condición y limitación de las mismas cosas.

Pero el hombre es bendecido por Dios. “Dios nos ha bendecido en la Persona de Cristo con toda clase de bienes espirituales y celestiales”. Todas las bendiciones de Dios se concretan y realizan en una Persona. Las buenas palabras de Dios más que palabras son presencia. La mejor bendición es el mismo Dios que se manifiesta y se acerca. Y este Dios cercano que nos habla se llama Jesús. Jesús es el Dios —palabra buena—, es el Dios todo bendición y sólo bendición, el Dios verdadero que quiere su bendición para todos los hombres.

Este Jesús, “nacido de mujer” e “Hijo del hombre” es nuestra salvación. “No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hech. 4, 12). No nos salvará la política, ni la ciencia, ni la técnica, ni la economía, aunque tengamos y debamos hacer, por amor, política, ciencia, técnica y economía. “Nosotros creemos que nos salvamos por la gracia del Señor-Jesús (Hbr. 15,11). Esta es nuestra mejor noticia. Esta es

la Buena Noticia que hemos recibido y que debemos proclamar. Este debe ser el gran y profundo objetivo de nuestro Sínodo: que toda nuestra Diócesis se haga proclamadora de la Buena Noticia de Jesús, para la salvación de todos, para salvación de nosotros mismos, para salvación de los que el mundo y sus logros nunca salvarán.

Se habla de hijos. Y si se habla de hijos cerca debe estar la madre. Y la madre aparece en el Evangelio. Aparece pequeña y escondida. Es como si hubiera costado mucho dar con Ella. Se llama María. Es la llena de gracia, el Señor está con ella, es la bendita por excelencia. Es una dulce muchacha de una pequeña aldea de un insignificante pueblo. Pero en ella el Adviento se hace Navidad, la promesa realidad, la esperanza alcanza la plenitud. No es fruto de un azar sino providencial; su destino es decir “sí” que es amor total, disponibilidad total, obediencia total, libertad total. Todo lo demás vendrá por añadidura: gracia sobre gracia hasta llegar a madurar el fruto bendito de su vientre, el fruto de las bendiciones, el fruto del Espíritu.

Jesús empieza a desandar el camino que llevó al hombre a su más profunda tristeza. Contra el veneno del orgullo, se humilló; ante el veneno de la rebeldía, obedeció; contra el veneno de la avaricia, de la riqueza, del dinero y el consumo, se empobreció; contra el veneno del egoísmo y del ansia de poder, amó, amó a todos hasta dar la vida. Al árbol de la serpiente, opuso el árbol de la cruz. Al fruto del pecado, de la muerte, opuso la resurrección y la vida.

Y todo fue posible gracias a la bendita entre las mujeres. María fue bendita desde el principio existencial. Fue pensada desde la gracia; fue engendrada desde el amor; fue constituida desde la benevolencia. Para ella no hubo maldición alguna. Dios está siempre en ella bendiciéndola y colmándola de gracia: es la llena de gracia, gracia sobre gracia, la llena de Dios.

María se ofrece como esclava del Señor: “¡Hágase en mí según tu palabra”! Es el principio de la salvación. En ella se inicia el camino inverso escogido por Eva. Eva no guardó la palabra, María, la mujer nueva, la guarda en su corazón, en su mente, en su seno. Eva quiere ser como Dios. María se considera la esclava del Señor. Eva, duda. María se fía. Eva, egoísta, desobedece. María cuando se ofrece, hace la voluntad de Dios. Eva huye y se oculta. María se hace presente a Isabel, a José, a los pastores... ¡a todos los hombres! María siempre está a nuestro lado como la nueva madre; donde hay dolor, donde hay amor, donde hay servicio, donde hay profecía, donde hay combate por el bien, allá está la mujer bendita, repitiendo siempre: “¡Hágase en mí según tu palabra!”.

El Sínodo, nuestro Sínodo, no puede quedarse en un precioso libro lleno de buenas intenciones. Ha de convertirse, a imitación del Señor, a imitación de María, en vida, en vida para los cristianos y en vida para los que no lo son, en vida para nuestra Iglesia y en vida para nuestra sociedad, para los pobres y los oprimidos, para los pecadores y los descarriados. Como María, nuestra Diócesis, a la luz del Sínodo, ha de recorrer el camino inverso al escogido por Eva. Ello será realizar el Sínodo: escuchar y proclamar la Palabra; ser todos nosotros esclavos del Señor, fiándonos de Dios; obedecer, amar, aceptar la cruz y rezar; comprometernos en la vida y participar de la Eucaristía y de los Sacramentos; ser servidores y hacernos esclavos de los demás; tener un solo corazón y una sola alma, para que el mundo crea; proclamar la Buena Noticia y desterrar el pecado; amar a todos y servir a los pobres como al Señor...

La descendencia de María es Jesús, "el santo que va a nacer, el Hijo de Dios". Pero somos también nosotros. También nosotros estamos bendecidos y pensados para ser santos e inmaculados. También nosotros, con la ayuda del Señor, podemos vencer a la serpiente. La lucha sigue planteada aunque la serpiente esté vencida. Podemos y debemos ponernos en manos de Dios, poner nuestro Sínodo en manos de Dios y realizarlo en obediencia a Dios y a su Iglesia, para vernos transformados en santos e inmaculados. Podemos y debemos igualmente ir transformando el mundo, nuestra sociedad canaria, en una sociedad justa, fraterna, limpia e intachable. Así el Sínodo pasará de ser un papel escrito a ser vida, existencia escondida en Cristo, fermento y levadura para el Reino de Dios, diálogo y reconciliación para todos, semilla de fraternidad y de obediencia, escuela de amor para todos.

El Sínodo nos ha de ayudar a ser fieles a lo eterno. Y ser fieles a lo eterno es ser actuales, puesto que creer en la Resurrección se ha de traducir por un mirar hacia delante y no por un volverse hacia atrás.

Y mirar hacia delante, no significa estar a la moda, como detrás de cualquier novedad, sino dejar que penetre un mensaje eterno en el hoy de la historia, hablar de Dios en la longitud de onda de los hombres de nuestro tiempo que viven en Canarias, presentar nuestro testimonio cristiano sirviéndonos de "signos" que sean perceptibles, comprensibles y significativos para las personas a las que van destinados; afrontar los problemas reales, las situaciones concretas del mundo en el que vivimos; responder a las necesidades de hoy. Poner en hora nuestros relojes con el reloj del tiempo presente que también marca la hora de Dios. Inventar, día a día, nuestra acción, atendiendo a las provocaciones de la historia y de las exigencias de los acontecimientos. En una palabra, vivir,



a la luz del Señor, la lógica de la encarnación. Así y sólo así, rezando y comprometiéndonos, haremos vida esas palabras escritas que son nuestro Sínodo.

María nos ayudará a que el Sínodo, llevado a la vida por cada uno de nosotros, nos convierta a cada uno, convierta nuestra Iglesia, en principio de reconciliación, en recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella motivo para seguir esperando.

En esta clausura de nuestro Sínodo, en esta Eucaristía, abrazados por nuestra madre la Virgen del Pino, el Señor nos dice: ¡no se queden mirando al Cielo! ¡Volveré! ¡Vuelvo a ustedes cada vez que me llamen! ¡Estoy con ustedes! ¡Estoy en la Eucaristía y en los sacramentos, en la Palabra y en la comunidad eclesial! ¡Estoy en los pobres y en los que sufren! ¡Estoy en cada acto de amor verdadero! ¡No se queden mirando al Cielo! ¡Recen y contemplen, pero no se queden mirando al Cielo! ¡Vayan, vayan rezando de rodillas, pero vayan al mundo, anuncien la Buena Noticia a todos, anuncien la Buena Noticia a la creación entera, anuncien la Buena Noticia a los pobres y marginados! ¡Vayan y anuncien a todos los hombres y mujeres de Canarias que el Señor vive, que el Señor ha resucitado, que el Señor les ama, les perdona, les acoge! ¡Vayan y anuncien a todos los hombres y mujeres de Canarias las maravillas que el Señor ha hecho para la salvación de todos! ¡Vayan y transformen el mundo con la paz y el amor, con la verdad y la justicia del Reino de Dios! ¡Para ello el Señor nos ha regalado nuestro Sínodo Diocesano!

No quiero acabar sin tener un recuerdo especial para aquéllos, sacerdotes, religiosos, religiosas y seglares, que empezaron el Sínodo con nosotros, y hoy lo clausuran también con nosotros, desde el Cielo, contemplando felices el rostro de Dios.

Y tampoco quiero acabar sin tener también una palabra de homenaje y agradecimiento a los que han trabajado intensamente en esas tareas, casi invisibles pero fundamentales, de organización y realización material del Sínodo: Luis Laborda, José Luis Guerra, Luis Espí, Paqui Yuste, y tantos otros que están en la memoria de todos nosotros. Dios les premiará su esfuerzo y su entrega, como premiará a todos los que tantas horas han dedicado al Sínodo como servicio al Señor y a su Iglesia, al Evangelio y a la evangelización.

¡Que el Señor-Jesús les bendiga a todos! ¡Que nos bendiga a todos para que la salvación de Dios alcance a todos los que, en Canarias, añoramos esa felicidad que sólo El nos puede ofrecer!